

Akio

Paula Liveratore



Akio era un fantasma de ochenta centímetros de alto.

Como todo fantasma tenía su uniforme de sábana perforada por el que se entreveían sus dos ojos almendrados.

A Akio le gustaba mucho dormir y sentir el calor tibio debajo de las mantas en otoño viendo las hojas caer entre las nubes de neblina. Y no le gustaba nada de nada el calor intenso como aquel día, pleno agosto pegajoso en la ciudad. Sobre todo, no le gustaba aquel día, porque tenía que pasar un examen. Akio no era como los demás fantasmas, a él no le gustaba nada de nada eso de salir a asustar.

Pero Akio no tenía opción, si quería pasar de curso, seguir con sus

compañeros de clase, ser un fantasma ejemplar.

Había intentado convencer a su madre:

—Hoy hay huelga, no hay cole, má.
—Akio, más te vale que te levantes ya mismo.

Había intentado convencer a su mejor amigo:

—Leopold te doy mi colección de canicas si haces el examen por mí.
—Olvídalo, Akio. Nos tienen controladísimos, no voy a arriesgar mi sábana por ti.

También había intentado convencer a su maestra:

—Me siento débil señorita, mareado...mal de altura por adelantado segurísimo.

—Akio, los fantasmas no nos enfermamos.

Era cierto, Akio se había olvidado de que era un fantasma de tan preocupado que estaba porque debía asustar a un humano.

No corría un hilo de aire frente al gigantesco edificio que se alzaba frente a él. Recorrió cada ventana de oficina con sus ojos almendrados hasta que identificó la de la planta 57 que tenía un sol dibujado.

La maestra había sido muy específica: el oficinista que se cree feliz dibujando un sol en su ventana, a ese asustarás.

A pesar de la creencia popular de que los fantasmas pueden volar, hay que hacer una pequeña aclaración: no. Los fantasmas no sabían hasta la fecha cómo volar. Y esta aclaración surge porque:

—¡Oh, no! ¡No hay luz!, por favor, dígame que esto es una pesadilla —rogó Akio con cara de dolor de panza al conserje fantasma.

—Estás muy despierto, querido. A la izquierda, al fondo, tienes las escaleras.

Akio no sudaba ni lloraba porque era un fantasma, pero si hubiese estado vivo, tendría un lago de sudor y lágrimas a su alrededor. Porque sí que sentía cansancio y le pesaban los pies fantasmales como si fueran de plomo con el subir de un lado ¡pom! Y del otro ¡pom!

Otra aclaración importante es que algunos fantasmas, Akio incluido, tienen miedo a la oscuridad. Como les sucede a ciertos humanos. Akio avanzaba temblando en esa penumbra que los dos muros angostos generaban.

Pero no solo había polvo y oscuridad en esas escaleras en desuso (¿quién usaba ya las escaleras?, menos que menos, ¿quién las utilizaría alguna vez en ese rascacielos?).

Lo primero con lo que Akio se topó en el piso 16, y es entendible para unas escaleras que nadie usa, fueron unas cajas. Incontables cajas de todos los tamaños. Al parecer, los trabajadores del piso 16

encontraban más fácil depositarlas allí que cualquier otra posibilidad. Akio tuvo que destrozar cajas, trepar, meterse en los huecos que se abría. Hasta que por fin no hubo más obstáculos.

El pequeño fantasma seguía, no sin quejarse, hacia su destino: el oficinista del piso cincuenta y siete. Sin embargo, al parecer, los trabajadores del piso 39 eran amantes de las plantas. Y no unas pocas. Ellos también habían tenido la ocurrencia de colecciónar una jungla en las escaleras. Esta vez fue más complicado para Akio. Las plantas, a pesar de la oscuridad leve de ese espacio que subía y bajaba, se las habían ingeniado para colonizarlo todo. Plantas con espinas, carnívoras, plantas de todos los colores y tamaños. Menos mal que Akio no era un humano, si no, no lo hubiese logrado. Era un fantasma y aunque sentía los pinchazos y las mordidas, no le producían ningún dolor.

Akio subía, ¡pom, pom, pom y más pom!

De repente, sintió unos zumbidos y vio, entre el piso 44 y 45 una colonia de murciélagos dormidos. Ahora sí que el pánico se había

apoderado de Akio. Tenía ¡terror a esas ratas del aire! Y no había manera de pasar por allí sin despertarlos.

—¿Qué haces perturbando nuestro sueño? —preguntó un murciélagos abriendo el ojo derecho.

—¿Cómo es que los murciélagos hablan? —atinó a decir Akio.

—Lo mismo por lo que existen fantasmas. Y fantasmas que hablan como tú —respondió el murciélagos gruñiendo. Y añadió: —¿Qué buscas?

—Tengo que asustar al oficinista del piso 57 y ya no puedo más.

—Ya nos has perturbado, lo mejor es que te llevemos por fuera, que en el piso 51 las escaleras se han derrumbado.

Akio, sorprendido, no hizo preguntas. Así fue como el pequeño fantasma se trepó por una minúscula ventana y montado en una veintena de murciélagos, volando por fuera del rascacielos, logró asustar al oficinista que había dibujado el sol en la ventana del piso 57.

Todo había sucedido en menos de cinco minutos: el oficinista, que miraba al sol pintado, vio cómo se le oscurecía el paisaje y la veintena de

murciélagos empezaba a chocarse con su ventana. Los golpes eran muy fuertes y el trabajador imaginando que esos bichos con rabia lo comerían vivo si llegaban a entrar, no lo dudó. Salió corriendo del piso 57 y para la sorpresa de todos, al llamar al ascensor, la electricidad había vuelto. Por lo cual pudo descender sin problemas del rascacielos.

Akio sintió alivio y algo de vergüenza. Pero lo hecho, hecho estaba.

Al ser depositado por sus amigos voladores en el césped del patio del cole, Akio fue donde estaba su maestra y le contó su proeza. Pero la maestra no pensó lo mismo:

—Akio, no has sido tú quien ha asustado al oficinista, han sido los murciélagos. Y mira, el sol sigue brillando en la ventana, por lo tanto, has reprobado.

Akio no intentó excusarse, se sentía desolado. Ya se estaba yendo cuando la maestra añadió:

—Akio, has suspendido, pero también hay que decirlo, has tenido bastante mala suerte. Y no te has dejado desalentar. Voy a ponerte una C-, puedes irte a casa ya.

Y Akio se fue con su semisonrisa pensando en que pronto, no muy lejos, las hojas de otoño caerían entre las nubes de neblina.